

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre....	27
En provincias. Semestre....	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios históricos: Alfonso VIII el Niño, ó el de las Navas, por D. Julian Castellanos (continuacion).—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuacion).—Revista de teatros: álbum de LA VIOLETA, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—Explicacion del figurin que se reparte con este número á los suscritores.—Suscripcion para socorrer las desgracias ocurridas por la inundacion de Valencia.—La Pastora del Guadiela, novela original de la señora doña Faustina Saez de Melgar: pliego 64, que se reparte tambien con este número á los suscritores.—Seccion de avisos y anuncios.—Seccion de noticias.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ALFONSO VIII EL NIÑO, Ó EL DE LAS NAVAS.

(Continuacion) (1).

El campo se abrió por fin, y los toledanos miraron con indecible congoja desaparecer en el lejano hori-

zonte aquella numerosa falange de guerreros, en cuyo valor y bravura estribaba la defensa de los dos objetos mas caros para el hombre: la Religion y la patria.

D. Diego Lopez de Haro regia la vanguardia, compuesta de los auxiliares extranjeros; los monarcas de Aragon y Castilla mandaban el centro, y don Gonzalo Rodriguez Giron y sus cuatro hermanos la retaguardia.

La toma de los castillos de Malagon y Calatrava fue el prólogo de aquella campaña, cuyos venturosos resultados debian cubrir de imperecedera gloria á cuantos en ella tomaron parte.

Los despojos de estas dos plazas fueron divididos entre los extranjeros auxiliares, quienes, pretestando no poder sufrir los rigurosos calores de la estacion, abandonaron el ejército volviéndose á su pais, dejando solos con sus mesnadas á Arnaldo, Arzobispo de Narbona, y Teobaldo Blasion, de Poitiers.

Disminuida quedó la hueste cristiana con tan extraña deserccion; pero no por esto desmayaron los dos Reyes; antes bien, fiados en la justicia de su causa, avanzaron hasta Alarcos, resueltos á presentar ellos solos la batalla al enemigo.

(1) Véase el número anterior.

Pero la Providencia lo tenia dispuesto por fortuna de otra manera; así que, al llegar á aquel punto, que tan dolorosos recuerdos encerraba para el castellano, presentose el Rey de Navarra al frente de su hueste, compuesta de los mas principales caballeros de su reino.

Gran ánimo y notable júbilo recibió el ejército cristiano con tan inesperado refuerzo; y unidos ya los tres monarcas, avanzaron á Salvatierra, y de allí al puerto de Muradal, en donde el de Haro, después de una sangrienta refriega con una avanzada de caballería enemiga, se posesionó de la fortaleza de Castro Ferral, al Oriente de las Navas.

Á la caída de la tarde llegaron los tres monarcas con el grueso del ejército al pie de la montaña, dando vista á las avanzadas infieles que ocupaban las crestas y los desfiladeros del formidable paso de la Losa.

Los Reyes, conociendo lo ventajoso de la posición enemiga, acamparon á la falda del monte; al poco rato la noche cubria con sus sombras el campo, y al resplandor de las hogueras veíanse vagar por las cumbres de las sierras, cual fantásticas apariciones, los soldados almohades, envueltos en sus blancos albornoces.

IV.

El silencio mas profundo reinaba en el campamento, cuando en la tienda del monarca castellano se hallaban reunidos los dos Reyes de Aragon y Navarra y los mas principales caballeros de la hueste conferenciando sobre lo que se debia hacer en vista de la actitud del enemigo.

La conferencia no podia ser mas importante; tratábase nada menos de qué seria mas oportuno, si avanzar ó retroceder, encontrándose como se encontraban los enemigos posesionados de las cumbres que dominaban el camino que se habia de seguir, y en disposición por lo tanto de herir á mansalva á los nuestros, quienes, á causa de la aspereza del terreno, se veían en la imposibilidad de mover sus armas.

Quién opinaba por tomar á Castilla, contentándose con las ventajas obtenidas, y no esponerse por un

temerario arrojo á sufrir un descalabro en medio de aquellas fragosidades.

Pero los monarcas de Castilla y Aragon eran de encontrado parecer, y optaban por atacar á los infieles y abrirse paso con la espada, apoyándose en que desistir de la empresa seria por de mas deshonroso y alentaria á los contrarios, asaz embravecidos desde la última victoria.

La discusión seguia cada vez mas acalorada, cuando D. Diego Lopez de Haro y el caballero aragonés D. García Romeu, penetraron en la tienda seguidos de un pastor que presentaron á SS. MM.

—Nobles Reyes, dijo aquel hombre desconocido: si os fiais de mí, yo os juro por la Santa Madre de Dios que antes que despunte el día vuestros soldados acamparán en una vasta planicie que hay al lado opuesto del monte, atravesando la sierra sin ser sentidos ni molestados por los contrarios.

Yo os salgo fiador con mi cabeza de que es verdad cuanto os digo.

—Y nosotros os aseguramos, nobles soberanos, replicó D. Diego, que cuanto os promete este hombre es cierto, pues antes de venir aquí hemos tratado de conocer la verdad de sus palabras, y conducidos por él hemos repasado sin ser vistos las avanzadas infieles.

Las frases del de Haro decidieron á los monarcas á aceptar la propuesta que se les hacia; y al poco rato, dejando bien alimentadas las hogueras encendidas en el campamento, con objeto de engañar á los enemigos, se levantaron los reales con la mayor precaución, y el ejército cristiano, guiado por aquel campesino, se aventuró á través de las sombras en el enmarañado laberinto de las sierras.

Al día siguiente, cuando el alba esparcia sus primeros rayos, los infieles contemplaron mudos de asombro la hueste cristiana acampada en la llanura.

Pero pasado el primer momento de sorpresa, Mohammed dispuso sus taifas en guisa de batalla, creyendo obligar de esta manera á los fieles á aceptar el combate; pero estos, que gastaron sus bríos en la trabajosa marcha que hicieron, prudentes en demasía, rehusaron la lid, contentándose solo con fortificar su campo para en caso de ser acometidos.

El orgulloso africano tomó por miedo lo que solo

era prudencia, y creyendo segura la victoria, mandó emisarios á los Reyes moros de Andalucía, diciéndoles que cercaba con su hueste á los monarcas cristianos, y que antes de tres días entraria triunfante en Baeza llevándolos cautivos.

¡Necias y arrogantes presunciones que vió desvanecerse como ligeras nieblas que el huracan deshace!

Al lucir el tercer día, los cristianos, que ya habían recobrado nuevo vigor con el reposo, presentaron la batalla. El Emperador árabe, seguro de vencer, escuadró sus taifas, y al ruido de las trompas y de los clarines se acometieron los dos campos con un furor salvaje.

D. Diego de Haro, seguido de los caballeros de las Órdenes y de los concejos de Castilla, fue el primero en arremeter, sembrando en su torno la muerte y el estrago.

La victoria estaba cada vez mas indecisa; todos hacian prodigios de valor: los infieles pretendiendo conseguir un triunfo nuevo, y los cristianos ansioso de tomar venganza del descalabro de Alarcos; de manera que nadie cejaba, y el campo se cubria de cadáveres. En esta situacion, D. Alfonso, que mandaba la reserva, se arroja á la lucha con toda su gente, y Abu-Said, capitan de los enemigos, que comprende que los cristianos hacen el último esfuerzo, llama tambien á su reserva, compuesta de escuadrones andaluces; pero estos, resentidos con el Emperador por la inhumana muerte dada á su caudillo el valiente jeque Aben-Cadís, desobedecen, y en vez de acometer á los cristianos emprenden la fuga, sembrando el espanto y la confusion entre los hijos del Profeta.

Desde aquel momento la faz del combate varia: los almohades, que con tanto empeño luchaban, desmayan, y las lanzas cristianas no cesan de romper pechos infieles.

El ejército árabe, lleno de pánico, huye perseguido y acosado por los defensores de la Cruz, y el mismo Miramamolín, que sentara su tienda sobre una colina resguardándola con un cerco de gruesas cadenas de hierro, defendido por diez mil negros armados de largas lanzas y de cortantes cimitarras, abandona aquella improvisada fortaleza al mirar roto

lo que él creia inespugnable parapeto por el arrojodel Rey de Navarra y el porta-estandarte de Castilla, D. Alvar Nuñez de Lara, y huye hácia Jaén, debiendo su salvacion á la ligereza de una yegua que le cede uno de sus soldados.

(Se concluirá.)

JULIAN CASTELLANOS.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuacion) (1).

—Entre vos y yo existe una noche eterna.

—¿Qué quereis? Nosotros nos empeñamos en separarnos, y lo conseguimos al fin. Nuestra es la culpa.

—Dejémonos de recuerdos estériles. Entre lo que pudo ser y lo que ha sido, hay siempre un abismo de hielo.

—Que abrasa la cabeza y el corazón, señora.

—Veo que el que aquí nos ha reunido tenía razon en sospechar que hablaríamos de cosas que debíamos olvidar enteramente.

—Si somos culpables en recordar, ¿para qué nos concedió el cielo la memoria? ¿De quién es la culpa, decid?

—Yo jamás acusó al Criador de las flaquezas de nosotros mismos.

—¿Porque no sentís mi desesperacion!

—Porque las mujeres somos primero cristianas que amantes. En fin, Arturó, ya que nos vemos por última vez en la vida, porque yo voy á partir, ¿lo oís? voy á partir para un suelo extranjero, prometedme dos cosas: que sereis un padre para vuestra hermana; que sacrificareis, si es preciso, vuestros bienes por que Elena no sucumba en la desgracia que amenaza á su esposo!...

—¿Qué decís!

—Que vuestro cuñado dentro de pocos días no

(1) Véase nuestro número anterior.

sabrá dónde ir á ocultar su vergüenza, si todos no procuramos sacarle del abismo comercial donde se ha hundido.

—¡Otra desgracia mas!... ¡Y quereis partir ahora?... ¡Abandonar á Elena!...

—Es que yo mañana seré aun mas pobre que ella. Es que yo tambien, por un suceso raro, he perdido mi fortuna, y tengo que huir á donde nadie vea mi pobreza repentina.

—Pero, ¿qué causa?...

—¡No os la puedo explicar, Arturo! Contentaos con lo que ya os he dicho, y no trateis de indagar, os lo prohibo, el por qué de mi ausencia ni á dónde voy.

—¡Julia!... Poco durará mi lucha. El dolor no mata, pero devora.

—El dolor no mata, porque es necesario á ciertos seres como la luz á los ojos. En fin, no mas dilaciones. Acaso en este momento está suspendida sobre nuestra cabeza una desgracia efectiva. ¡Idos, Arturo! os lo ruego, os lo suplico, os lo mando.

—Adios, señora.

—¡Adios!

—¿Y así me despedís? ¡Y están secos vuestros ojos? ¡Y no os impulsa el corazon á tender una mano de despedida, ese favor que sin titubear concedereis al mas enemigo!

—¡Arturo!... ¡Adios! dijo Julia ahogando su dolor y elevando las manos al cielo.

—¡Sufrís, señora! ¡Nunca como yo! Nunca como el hombre que tuvo la felicidad en sus manos y la dejó volar por los espacios, como una ráfaga de aire que pudiera dar la vida al que sumergen los mares.

Julia no respondió: solo hizo una seña que indicaba la puerta por donde Arturo debía salir, y arrodillándose, sin volver la cara, en el altar improvisado por ella, empezó á orar con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¡Mi ángel está orando! ¡Es ella! Mi Elvira, dijo de repente la enferma, que habia abierto los ojos en aquel instante. ¡Por eso la pobre Maura se siente mejor, por eso ya no sufre!... ¡Oh! ¡Bendita sea!

Al eco de aquella voz volvió la vista Arturo, y

se quedó inmóvil, escuchando lo que decia la anciana: cuando oyó que llamaba *ángel* á Julia, su semblante se puso pálido de emocion, y permaneció callado para oir aquellas alabanzas que tan impresas tenia en su alma, y que tantas veces repetia en la soledad.

—¡Me voy! ¡Sí, me voy! Pero no me separaré de estos sitios, dijo Arturo interiormente disponiéndose á marchar, hasta que vea qué peligro amenaza á Julia, y si es leal é inocente esa pobre mujer.

Ya iba á salir, cuando le pareció oir el ruido de un traje de seda á la parte exterior de la puerta. Se detuvo, y una mujer ricamente vestida y cubierta con un velo se presentó en el umbral. Esta mujer tenia las formas de una aparicion ó de una heroína teatral, pues su paso era gigantesco y acompasado, y á pesar de su velo se distinguia que elevaba la cabeza con orgullo. Dió algunos pasos mas y pudo verse que vestia un traje negro de *moiré-antique* con una blonda ancha en la falda, y que un velo de Bruselas cubria su talle, su cabeza y su rostro. Esta fantasma ó mujer se detuvo en medio del aposento, y se vieron brillar por entre el encaje de su toca dos ojos que echaban fuego y que contemplaban con furor á Julia arrodillada. Arturo distinguió la fiera de aquella actitud y se puso delante de su amada, como queriéndola defender de aquellas miradas terribles que le parecia distinguir á través de los tules negros. La desconocida entonces alzó su velo, y adelantándose con rapidez cogió á Arturo por el brazo, diciendo:

—¡Aquí queria yo encontraros, caballero! ¡El hombre malvado nunca está mejor que junto á su cómplice! ¡Arrodillaos, arrodillaos tambien junto á ella! ¡No os sentará mucho menos que á vuestra amante la hipocresía! ¡Qué es eso! ¡Os juraba amaros eternamente? No era necesario que se hincara de rodillas para ello, pues ya debíais estar convencido de su amor. ¡Y es hermosa por cierto! Pero... ¡no os parece que estaria mejor peinada á la romana? ¡Ved si soy prevista en todo! Vengo armada de tijera para ordenar el tocado de una mujer tan hermosa. ¡Pues qué! porque yo sea rica y noble, ¿he de desdeñarme de ser la doncella de joya de tanta valía? ¡Verdad que estará preciosa cuando caiga al suelo esa abundante

cabellera que cubre su frente? ¡Entonces la hipocresía y la maldad, la impureza y el deshonor, estarán mas visibles en sus sienes despejadas! ¡Verdad, querido esposo? ¡Oh cuánto os amo! ¡Venid, venid á ayudarme en mi obra! La doncella necesita un camarero que la ayude á poner mas hermosa á esa señora. ¡Venid!

Y cogiendo con furia á Arturo, que estaba absorbo, le quiso arrastrar hasta Julia, mientras blandia en la mano derecha unas brillantes tijeras que despedían menos luz, sin embargo, que sus feroces ojos de pantera. Arturo, vuelto de su estupor, sacudió el brazo que le oprimían con una fuerza sobrenatural, con esa fuerza del hombre que ya no sabe si debe matarse ó matar, y arrojó contra la pared, á seis pasos de distancia, á aquella furia temible. Pero á semejanza del gato perseguido que se revuelve y hace frente de pronto á su perseguidor, aquella enemiga cruel dió un salto terrible, y seguramente se hubiera precipitado sobre Julia si su enérgico defensor no se pusiera delante como un escudo invencible, y la rechazara con una fuerza hercúlea.

—¡Infames! ¡Infames! murmuró viendo su impotencia. ¡Yo recurriré á los tribunales! ¡Yo seré oída! Pero antes me has de matar, ó yo he de matarte á ti.

Y diciendo y haciendo quiso entablar una lucha con el desesperado Arturo, que á no ser por Julia hubiera cometido en aquel momento el crimen á que su mujer queria conducirlo. La vieja Maura, impasible y atónita hasta entonces, empezó á gritar desahogadoamente:

—¡Ah! ¡no la mates!... ¡Es mi ángel... yo la defenderé!

Y arrojándose del lecho, envuelta en su bata cenicienta, con los cabellos encrespados y los ojos saliendo de las órbitas, se lanzó sobre la esposa de Arturo, y arrancándole con la fuerza de los locos las tijeras de la mano, las arrojó al suelo, y sujetándola con el pie derecho, empezó á cortar sus abundantes rizos con la velocidad del que siega las mieses.

Arturo y Julia se horrorizaron de lo que iba á suceder, y se lanzaron á sujetar á la encolerizada anciana; pero ella se defendía, diciendo:

—¡Venir á matar á mi ángel! ¡Ah maldita!... ¡Nadie puede librarte de mis manos! ¡Vas á morir!

Y seguramente ahogara á aquella mujer entre sus convulsos dedos, si un ruido terrible, extraño, no sorprendiera de repente á los cuatro personajes del extraño drama. Como á la parte opuesta del corredor, y en la escalera, se oyeron voces de hombres que reñían, y ruido de armas, y golpes de alguno que quizás no bajaba por su pie, é iba rodando hasta el portal. Los gritos eran terribles, amenazadores. Se conocía que se había entablado una lucha colosal, y... dos ó tres gritos de *¡Favor á la Reina!* aumentaron la confusion y el espanto. De repente sonó una detonacion espantosa; un tiro que estremeció la casa, y una voz agonizante que dijo: ¡Piedad! ¡piedad! ¡me han muerto!... La vieja Maura, que hasta entonces había tenido á la esposa de Arturo bajo sus pies, se lanzó precipitada hácia la escalera, gritando: *¡Socorro!*... pero de repente retrocedió dando alaridos, á la vez que una mano fina y delicada, pero nerviosa y prensante como un garfio de acero, oprimió la garganta de la infeliz para que no gritase mas, y arrojándola con furia al interior de su cuarto, cayó en el pavimento sin sentido. En seguida una planta precipitada y un traje de seda se arrastraron por la escalera con precipitacion, no sin tropezar con un hombre tendido en una de las mesetas, que al parecer estaba muerto. La dama que así bajaba como una centella que se introduce por una torre, exclamó al ver el muerto:

—¡Dios mio, si será él! Pero horrorizada por la inmovilidad del cadáver y el peligro que corría, se lanzó á la calle, y se perdió en la oscuridad. Esta mujer era la esposa de Arturo. Otros dos bultos bajaron por la escalera despues en precipitada huida. Era un jóven arrogante y vigoroso, que llevaba entre sus brazos una mujer desmayada. Todos huían de la casa donde se había cometido al parecer un crimen horroroso. Solo la vieja Maura estaba en un rincon de su aposento, atacada de una convulsion horrible.

Todo lo que acabamos de narrar había acontecido con la velocidad del rayo, sin que nadie pudiera decir lo que había sucedido, siendo aun mas de admirar que el que aparecía muerto en el descanso de la escalera, á los pocos minutos echó á correr como un desesperado, atándose al propio tiempo un pa-

ñuelo á la cabeza, donde al parecer habia sido herido.

Tan precipitada fue aquella confusion, que cuando los aterrorizados vecinos de la casa salieron con luces á los corredores, se convencieron de que no eran ladrones, ni nada contra ellos lo que allí sucedia. Todo estaba en un silencio sepulcral, y los mas curiosos nada hallaron sino algunas gotas de sangre en la escalera.

Al otro dia, y aun despues, se comentaba sordamente este suceso, y todos convinieron que de la sala de billar habia salido la gran camorra, pero que nada habia resultado cuando venian todos los dias los concurrentes de costumbre, sin que nada se notase en ellos que revelase algun suceso fatal. Nadie se atrevió á dar parte de aquella ocurrencia, pues como no habia cuerpo de delito, y cada uno teme á la justicia y á las declaraciones tanto como á la ira de Dios, callaron, diciendo para su sayo: «¡Quién nos mete á nosotros á empleados de policia!»

Y con estas reflexiones cada uno se metió en su concha, y aquello pasó hasta de la memoria á los pocos dias.

XXII.

Aclaraciones.

Han pasado algunos meses, y todo ha variado en la tertulia de doña Mercedes. Apenas nadie concurre á ella, ni esta buena señora tiene gusto para reorganizarla de nuevo. Sus amigos todos se han dispersado, cual si el temible azote del cólera hubiese caído sobre la ciudad. Distintos destinos los han llevado á diferentes puntos, efectuándose un cambio en las familias que mas queria y en los jóvenes que mas figuraban por su sociedad amena, ó por sus chistes ó su habilidad. Uno de ellos sobre todo ha sido muy desgraciado, y ahora siente haberle tratado con dureza muchas veces doña Mercedes en sus conversaciones con él. Este partió para los Estados-Unidos en un buque mercante, y habiendo naufragado, se salvó en una tabla en compañía de una señora, á quien pudo sacar de las aguas con peligro de su vi-

da. La tabla sobrenadó en el Océano tres dias con sus dos náufragos, que aguardaban socorro de alguna embarcacion que cruzase por allí; pero nada: parecían olvidados del cielo y de la tierra, y que solos en el universo iban á perecer. La sed y el hambre los acosaban de continuo, y sus cadavéricos semblantes aterrorizaban el uno al otro, como si viesen la muerte representada en ambos rostros para horrores mutuos.

Á los cuatro dias la mujer sucumbió, y el hombre, para desembarazarse de aquel horrible espectáculo, la arrojó al agua, quedándose con los ojos vidriosos y fijos en el remolino que formaba el traje de la mujer entre el revuelto oleaje que la sepultó en breves momentos.

El traje de la mujer era de *moiré-antique* negro, y cubria sus hombros con un velo de encaje desceñido de la cabeza, que estaba desordenada como la de un niño á quien su madre deja sin rizar la melena muchos dias. Cuando la mujer desapareció entre las aguas, el hombre, tambaleándose en la balsa, se sentó, y sacando del bolsillo una cartera, cortó una hoja de papel blanco y escribió unas líneas con mano convulsa, y pasando á menudo la mano por los ojos como para buscar la luz que su amortiguada vista le negaba. En seguida cerró con una barretita de goma de boca aquel papel y lo guardó en la cartera, poniendo antes un nombre y unas señas en el sobre. En su hambre voraz se comió lo restante de la goma, y empezó á morder la piel de la cartera con furor; despues mordió sus propios dedos, y al sexto dia tenia descarnadas las manos de devorarse á sí propio. Aquel dia habia cesado el temporal y empezaron á cruzar barcos por aquel sitio, entre ellos una fragata, que fue la primera en distinguir al náufrago. Dos ó tres marineros, metidos en una lancha, se fueron acercando á aquel madero, donde yacia tendido un hombre. Uno saltó al agua, y cogiendo entre sus robustos brazos al desgraciado, lo arrojó á sus compañeros cual si fuese un fardo, pues no tenia movimiento ni accion.

—¡Voto al chápiro! Mirar si está vivo, dijo el marinero, y si no arrojarlo de pasto á los peces.

—¡Parece que respira!

—Entonces que suspendan la boda los tiburones.

—¡Oh! lo que es por aquí no los hay. Á haber alguno, ya se lo hubieran comido antes que de hambre se comiese él los dedos.

—¡Calla! ¡pues es verdad! ¡Reniego de los mares!...

—¡Y desde que nacistes vives en ellos!

—Y ¿qué quieres? Aquí moriré quizás; pero no como ese prójimo, pues si á mí me sucediera lo que á él, me convertiría en buzo, é iría á visitar el fondo de los mares antes de pasar una carpanta como esa.

—¡Vamos, menos conversacion y á reanimar ese hombre! ¡Por Cristo que es jóven y buen mozo como nuestro capitan! Solo que aquel está como un tudesco de gordo, y este parece una aguja de paladar.

—¡Vamos! interrumpió el tercero: dejádmelo á mí, que voy á ver si respira.

Y poniendo su tosca mano derecha en el corazon del náufrago y uniendo su boca roja como un clavel á los labios blanquecinos de aquel desgraciado, y haciendo varias pruebas para convencerse, exclamó al fin:

—¡Vive! ¡Vive!...

—¡Á la fragata con él! ¡Aun puede salvarse!

Y diciendo y haciendo, lo llevaron á la embarcacion, donde marinos y pasajeros rodearon el cuerpo condolidos de un cuadro tan horroroso. Aquella fragata era inglesa, y venia para España. Entre los tripulantes habia un matrimonio jóven, y ella se distinguia por su pálida hermesura. Horrorizada de aquel cuadro, se habia tapado con ambas manos los ojos y murmuraba una oracion por que Dios reanimase el cuerpo de aquel infeliz. Los marineros contaban la aventura, y decian admirados:

—¡Lo menos lleva este desgraciado ocho ó diez dias nadando como un témpano de hielo sobre esa tabla!

—¡Es imposible que viva! dijo el capitan, que era un inglés buen mozo, que con toda la frialdad de su pais oprimia entre sus labios la quemada pipa, dando al viento nubecillas de negro humo.

Muchas fueron las pruebas que hicieron los marineros sin conseguir nada: entonces el esposo de la mujer hermosa fue á la cámara donde venian dos sacerdotes, y les dijo que era necesario ayudasen á bien morir á un hombre, y si era muerto que orasen por su alma. Los sacerdotes subieron sobre cubierta,

y era un cuadro edificante, á la par que doloroso, verles arrodillados uno á cada lado del muerto, presándole auxilios divinos, y toda la tripulacion de rodillas elevando sus preces al Señor.

—¡Es cadáver! dijo uno de los sacerdotes, é hizo en la frente del difunto la señal de la cruz. Después, cogiendo sus brazos agarrotados, procuró reunir aquellas manos que él mismo se habia comido, y las cruzó en señal de que el muerto era cristiano.

La bella señora que tan horrorizada se hallaba, dió un lazo de su vestido para atar las muñecas del cadáver. Los marineros trajeron una tabla para colocarle y echarle al mar, á esa tumba horrorosa donde no habrá un tosco madero que represente el de nuestro Redentor; ni una lápida, ni una piedra que conserve nuestro nombre. Pero antes de proceder á este entierro sin tierra, á esta tumba sin fosa, á esta eternidad de agua para el cuerpo y de expiacion para el alma, se registraron las ropas del cadáver. Se le encontró una cartera con billetes de Banco, una fe de bautismo, copia de los archivos eclesiásticos de una parroquia de Sevilla, y á mas unas letras. Esta fe de bautismo tenia el nombre de Carlos Jimenez Fuensalida. Tambien habia una carta con un borroso sobreescrito con lápiz que decia: "Quien quiera que seas, entrega esta carta á D. Arturo Segovia, calle de la... núm... en Sevilla."

—¡Á ver, á ver! dijo el capitan distraido hasta entonces.

—¡Señor! dijo la dama, que arrodillada presenciaba todo aquello; esa carta es para un hermano mio. Mirad mi pasaporte y el de mi esposo, y hallareis el apellido Segovia... y...

—Basta que vos lo digais, señora, dijo el inglés con cortesía entregándole la carta. Solo quiero que firmeis un papel en el que conste que os he entregado ese documento, hallado en las vestiduras de ese cadáver.

—Elena escribió y firmó lo que se le pedia; pues la jóven señora no era otra que la hermana de Arturo, que regresaba á España acompañada de su esposo.

Mucho se habló y comentó en Sevilla este hecho, y la noche á que nos referimos hablaba de él doña

Mercedes con el anciano D. Genaro, que conocimos al principio de esta novela.

—¡Vaya, vaya! decía la viuda del brigadier. Ese Fuensalida era un loco, un aturdido, pero yo he sentido su fin desastroso, pues le quería bien, y no dejaba de tener gracia y soltura en su decir.

—¡Un poco mordaz!... interrumpió D. Genaro.

—¡Eh!... vos también sois muy epigramático, y sin embargo os queremos como un buen amigo.

—Mis epigramas son de otro género, señora. Yo no hago el gracioso á costa de la honra ajena.

—¡Eh! esas son muchachadas, y vos ya estais en la edad madura.

—El que de niño muere, de viejo devora; pero yo jamás he hecho ni lo uno ni lo otro. ¡Ni aun después de muerto me compareis con ese hombre!

—Y ¿cómo está Guzmán? preguntó doña Mercedes por eludir la conversacion, como hacia siempre que se trataba de ajar la ausencia ó la memoria de alguno.

—Hoy he ido á verle, y sufre aun mucho de la cabeza.

—¡Buena estuvo la tal caída! ¡Con poco mas, se mata!

—Hay quien dice que no fue caída, sino un desafío.

—¡Puede ser! Los muchachos son tan tontos, que por cualquier cosa se dan de cuchilladas ó se pegan un tiro.

—¡Qué quereis!... ¡La poca edad no entiende de reflexiones! El que está hecho un verdadero viejo es Arturo. No asiste á ninguna parte, por mas invitaciones que le hacen sus amigos. Desde que enviudó, parece que ha renunciado enteramente al mundo.

—Es extraño, porque, segun noticias, su mujer y él se llevaban como un gato y una víbora, interrumpió D. Genaro riendo.

—Esas son las extrañezas de los hombres. Ahora está siempre tan melancólico y taciturno, que parece se va á morir de tristeza.

—Creo que ha tomado á su cargo los negocios de la casa de su hermana, y no le faltan ocupaciones.

—Sí; allí pasa los dias en aquel sombrío escritorio haciendo guarismos, y por las noches se va, por las calles mas apartadas, á casa de Guzmán, que es su único amigo.

—Como es una obra de caridad visitar los enfermos... ¡no es extraño!...

—Allí los dos se contarán sus males y sus penas, que siempre es un consuelo para el que sufre.

—¿Y cuándo y dónde murió la mujer de Arturo?

—¡No sé!... Creo que estaba en Madrid con unos parientes.

—¿La conociais?

—No. Creo que nunca vino á Sevilla.

—Pero... ¿estaban divorciados?

—Formalmente no; pero sí por convenio mutuo.

—La tal niña dicen que era una alhaja.

—No sé.

—Pues yo sí sé que no era un modelo de fidelidad... ¡ni de castidad tampoco!

—Dios la haya perdonado, contestó doña Mercedes por eludir como siempre la murmuración. ¡Buenas noches! ¡Gracias á Dios que vemos á V., doña Carlota! dijo en seguida viendo llegar á sus antiguas tertulianas. ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Está Matilde mejor!

—Poco es su alivio, amiga mia. ¡Véala V. qué pálida, qué ojerosa!... Esta chica me va á quitar la vida con sus males. No sé qué hacer con ella. Cuando mejore el tiempo, voy á llevarla á viajar por los mares.

—¡Ah! ¡no, por Dios! Aborrezco los viajes, dijo Matilde como asustada.

—Ya le ha entrado miedo con el desastroso fin del malogrado Fuensalida. ¡Eh! Todos los dias no se ahogan las gentes, ni todos sacan un sino tan desgraciado. Ese hombre vivia mal, y así ha concluido.

—¡Dios le perdone! interrumpió doña Mercedes, sin preguntar mas, por temor de oir pecados ajenos.

Y variando el giro de la conversacion, dijo á Matilde:

—¡Vaya, vaya! esta noche tienes mejor color. Á ver cuándo te vemos buena, mujer.

—Ya me siento mucho mas aliviada, contestó la jóven procurando sonreirse.

—Pero ¿de qué provino tu mal?

—¡Toma! ¡de ser una tonta! De que esta niña es tan nerviosa y delicada, que no se puede resistir. De oir una noticia que á todos nos conmovió, pero que en nadie produjo el efecto que en ella. Es ver-

dad que lo sentimos, porque Guzman es un guapo muchacho, pero no manda Dios morirse por un amigo. El atronado Luis García fue á casa de visita, y de buenas á primeras nos espetó que Guzman habia caído de un caballo, quedándose en el sitio. Ya se ve, como esta criatura padece convulsiones, á seguida cayó al suelo como una bola, y desde entonces no tiene momento de salud. Ya se sabe que delante de mujeres, y sobre todo de mujeres nerviosas y delicadas, no se dicen esas cosas así, de sopetón, como si fuésemos caribes, que no nos importasen un bledo las desgracias ajenas.

—Hay criaturas, interrumpió D. Genaro, que pagarían á peso de oro las malas noticias por ir á comunicarlas á los interesados. Uno conocía yo que iba á veces con un palmo de lengua de fuera, atropellando á todos y sin querer detenerse con ninguno, hasta que daba con la pobre víctima que debia recibir la desastrosa nueva.

—Porque no quieren á nadie ni tienen corazón, dijo Matilde, á quien habia animado el hablar del hombre que tanto amaba; y vean Vds., luego despues era mentira que German hubiese sido muerto; fue solo una herida...

—Y no grave, contestó D. Genaro. Le ha hecho padecer bastante, es verdad, pero pronto tendremos el gusto de verle por aquí, segun me han asegurado.

Matilde se estremeció. Sus ojos amortiguados cobraron su brillo, y toda la velada estuvo animosa, como si desde aquel momento hubiese hecho retroceso su mal.

—¡Vaya, vaya! decia doña Carlota. ¡Haberse ido al extranjero nuestra querida Julia! ¿Quién le ha sugerido tal pensamiento? ¡Verdad, doña Mercedes, que es un paso extraño!

—Ella sabrá el por qué.

—Tambien aquí se dice. Hay quien asegura que su caudal habia venido á menos á fuerza de lujo y grandeza, y que no ha querido la vean pobre y agobiada en su país los que la habian visto brillar como una princesa.

—Y no añaden, contestó la viuda, que contribuyó á esa situación las innumerables limosnas que esa piadosa criatura hacia, y las muchas familias que hoy son felices á costa de la pobreza de Julia?

—¡No!... La crónica solo se ocupa de los defectos, sin encomiar las virtudes.

—La crónica participa de la envidia y mala fe de las almas, cuando así deja pasar en silencio los grandes hechos de una mujer como Julia, dijo Matilde con exaltación. Su hermosa alma comprendia el valor de lo que tanto amaba Guzman; y sin ser así, tambien la hubiese defendido; porque hay tal abnegación en algunas mujeres (mal que les pese á las que no conocen la generosidad), que no se atreven á herir el ídolo del hombre que ellas aman tambien. Lloran su desgracia, el desamor de aquel hombre, su falta de encantos para seducirle, ó el haberle encontrado mas tarde que su feliz rival; pero no por eso odian ni aborrecen á esta. La miran con tristeza, casi con desesperación; pero al fin exclaman, cruzando las manos sobre su corazón: ¡Son dignos el uno del otro! ¡Suframos! ¡Seria mi destino!...

Esta era la lucha noble del alma de Matilde: este era el continuo quejido de su alma, y pedir á Dios al mismo tiempo que le hiciese olvidar el que no habia nacido para comprender la intensidad de su amor.

Á la misma hora, quizás en los mismos momentos, Arturo y Guzman hablaban de ella con entusiasmo.

—Esa mujer es adorable, decia Arturo conmovido. ¡Si le oyeseis contar á Luis cómo se desmayó apenas supo tu caída!...

—¡Ah! ¡Si ella supiese!...

—¡Eh! ¡Ya pasó todo! ¡Tranquilízate! He deseado con ansia que pase tu peligro, que estés mejor, para que me cuentes los sucesos de aquella noche fatal. ¡Eras tú, dime, el que yo encontré tendido en la escalera al llevar en mis brazos desmayado aquel ángel?

—Yo era, y sentí no morir, ya que no pude matar al que se atrevió á ofenderla.

—¡Dios es justo! murmuró Arturo mirando al cielo. La justicia divina le ha castigado, y solo le debemos recordar para tomar ejemplo de que la maldad lleva la pena en sí misma. Yo fui tambien un loco en esos años en que venia á acariciarme la felicidad: yo desconocia la virtud y amaba la torpeza y los desmanes, y seguia la huella de los deseos y los

placeres como un demente, sin rienda ni freno alguno, y ya ves que también he sido castigado, como lo fue él en sus maldades y sus crímenes.

—Arturo, no pronuncies tu nombre junto al del hombre impío que Dios ha juzgado ya. Tus locuras, tus amores, fueron de buena ley. Corriste en pos de mentidas esperanzas, buscaste como un delirante la felicidad... hiciste lo que hacen todas las almas ardientes, todos los corazones entusiasmados. En cambio recibiste crudos dolores y acerbos espinas. Tu pecho se llenó de hiel, y conociste que no existía la dicha que buscabas, puesto que habías dejado perder el único tesoro que habías hallado en la tierra.

Esa es la triste historia de muchos seres, Arturo; pero al menos tienes la dicha de saber que ella te ama, que te ha amado, y que en el suelo extranjero, como en este, tú serás el espíritu que vague en derredor de su ser. Acaso á estas horas, cabizbaja, sombría, sentada en una roca, divisa el mar, y saluda con su flotante velo las ligeras embarcaciones que se dirigen á España. Siempre recuerdo con horror aquella noche. ¿Y quieres tú que yo perdone al que tuvo la culpa de todo? ¿Cómo se sonreía el malvado interin había hecho que tu esposa subiese á aquella funesta habitación! ¡Él! ¡sí! ¡Él lo había citado á todos allí! ¡Fue una combinación infernal, propia de los dos seres que se habían unido para perderos! ¡Oh! Aquella noche yo ignoraba que Julia y tú os amábais. ¡Jamás me habías declarado tu amor, y, sin embargo, oí pronunciar vuestros nombres en una turba de alegres jóvenes, que sabían que dos amantes y una esposa ultrajada y celosa se hallaban arriba en el cuarto de una vieja demente! ¡Con qué gozo aguardaban ver rodar por las escaleras la pareja sorprendida ó la esposa engañada! Y en medio de ellos, con un cinismo cruel, aquel malvado se complacía en urdir una historia de amores impíos, y el sagrado nombre de Julia rodaba hecho girones como las bolas de marfil sobre las mesas de billar. Yo había empuñado una partida con un jugador de fama, no porque yo lo fuese también; pues si había pisado los umbrales de aquella casa, es porque me dijeron que allí encontraría al cobarde que esquivaba mi desafío hacia mucho tiempo. Fui á buscarle, y le hallé; pero al entrar le vi de lejos en medio de sus amigos, ha-

blando de algo que escitaba de una manera grande su hilaridad. La honra de alguna familia se juega, dije interiormente. Nada escita la risa como el epigrama insultante que hace trizas el honor de un desgraciado. Para reir de veras es necesario desgarrar. Hay hombres que no comprenden la risa sino cuando con ella hacen á otros derramar el llanto. Con efecto, así era. Allí se hablaba de una cita de dos amantes, de dos *tórtolos* (según su perverso lenguaje) que habían buscado su nido de amores en el cuarto miserable de una loca; pero que la esposa del prójimo había venido de Madrid secretamente á sorprender á la *Cava y á D. Rodrigo*, y, cual otra *Egip-lona*, á conquistar sus derechos y su amor.

—¡Ya han caído los tres en el garlito, añadía, y por aquí han de pasar en vergonzosa huida, en miserable derrota! Lo mas particular es que la amante es orgullosa como una Lucrecia, y va á sufrir el triste destino de las depravadas mujercillas que rondan los campamentos. Figuraos que la esposa viene armada de unas bonitas tijeras para llevarse como reliquia los sedosos rizos de la altanera beldad. ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Vaya un episodio! ¡Que suceda eso, entre harapientas mujeres, es muy natural; pero entre rostros de azucena, manos de marfil y ricas sedas y encajes, es una cosa que no se concibe!

—¿Y quién ha dado el cante á esa tigre celosa?

—Uno que la amó antes de que se enlazara al infiel marido que hoy tiene.

—¡Pues floja es la maraña!

—Vamos á ver una lindísima parodia.

—Pero si no sabemos los nombres de los protagonistas, no nos vamos á divertir. Nos parecerían los personajes mudos.

—Os los voy á decir!

Y todos se agruparon alrededor de aquella lengua desenfrenada; todos querían aspirar el aliento corrompido del infame narrador. Yo jugaba vuelto de espaldas al círculo; pero de repente me retiré de la mesa y me eché sobre el grupo, y oí pronunciar dos nombres que ninguno entendió, puesto que insistían en saber los apellidos también. Aquella boca sacrilega iba á continuar, cuando, abriéndome paso por entre los que le rodeaban, corté las sílabas que iban á salir de sus labios, estampando mi mano fu-

riosa sobre aquel rostro impasible en medio de su maldad.

Un hombre vestido toscamente me siguió en mi empresa; pues como todos los amigos de aquel hombre depravado se lanzaron á mí para sujetarme, él me vió solo contra tantos y se puso á mi lado, diciendo: «¡No tengais cuidado, señor, que á poco trabajo me los como á todos!» Mas tarde he sabido que aquel hombre era un criado de Julia, que se ha llevado consigo. Parecia un Hércules, procurando quitar todos los golpes que iban dirigidos á mí. La refriega se dividió en dos partidos. Los buenos conocieron que defendian una causa noble, y se colocaron á mi lado, y los que sentian que este incidente les privase el espectáculo divertido que aguardaban, se hicieron mis enemigos, y atentaron á mi vida como si alguna vez les hubiese hecho mal. Por fin salieron á relucir algunas armas mortíferas, á punto en que otros apagaban las luces con dañada intencion.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE «LA VIOLETA.»

En nuestra anterior revista presentábamos al teatro Real despertando de su letargo, y ofreciendo novedades que si son pocas en verdad, al menos ofrecen una delicada ejecucion, que hacen batir palmas hasta á los mas descontentadizos, renaciendo con este motivo la animacion de nuestro aristocrático coliseo.

Tras *Roberto il diavolo* y *Don Pasquale*, obras en que los artistas han recogido gran cosecha de aplausos y la empresa de dinero, se ha puesto en escena por primera vez, digámoslo así, en esta temporada, la preciosa partitura de Donizetti *Lucrezia Borgia*, en que debutó la nueva contralto señorita Grossi.

Pocas veces ha aplaudido el público con mas entusiasmo y con mas justicia. La Sra. Penco estuvo sublime; el Sr. Nicolini cantó con esa bravura y gusto artístico que le han valido las simpatías del público; el Sr. Selva acreditó una vez mas sus excelentes dotes, sosteniéndose en el lugar que se con-

quistó en el *Roberto*, y la señorita Grossi cautivó al público, que la hizo repetir entre atronadores *bravos* el *brindis* del acto tercero. Su voz, de gran extension en las notas bajas, es grave, redonda, sonora, y en las altas, fina, dulce, suave: tiene desenvoltura, gusto y afinacion, y le auguramos favor en el público, que tan bien la recibió en su primera salida. Se anuncia para en breve *La Cenerentola*.

En el teatro del Príncipe, y despues de las repetidas representaciones de *Aventuras imperiales*, estrenó una comedia en tres actos y en verso, original del Sr. Rico y Amat, titulada *Belleza del alma*. Esta obra, mas apreciable de pensamiento que de forma, se halla escrita con una difícil facilidad, tanto mas recomendable, cuanto es don de que por lo general carecen las composiciones de esta clase: si bien los tipos se resienten de alguna flojedad, hay situaciones bellísimas, y en el fondo resplandece un pensamiento moral y plausible. La versificación, correcta, llena cumplidamente su objeto. Del desempeño diremos que fue digno, y que contribuyó no poco al buen éxito de la comedia.

Como novedad, se prepara en este coliseo para las próximas fiestas de Nochebuena una comedia nueva del primero de nuestros autores cómicos, señor Breton de los Herreros, titulada: *De cincuenta para arriba...*, y para las funciones de la tarde hemos oido hablar de un disparate *ad hoc* escrito á escape, con destino al inimitable Fernandez, titulado: *El Estudiante borrascas*.

En el precioso teatro de Variedades, honrado con una concurrencia tan numerosa como escogida, siguen los triunfos de Julian Romea en el tan aplaudido *Hombre de mundo* y en *Las Memorias del diablo*. Estrenose con éxito dudoso en este mismo teatro una pieza, traduccion insulsa de una comedia francesa, titulada: *Las aventuras de Calleja*. Esta misma obra, con el propio recibimiento y con el nombre de *Un héroe*, era estrenada la misma noche en el teatro de Jovellanos. Como se ve, el mal gusto está á la orden del dia y la originalidad anda por las nubes. ¡Qué plaga de traductores y qué desdicha la del teatro español!

En el Circo de la plazuela del Rey, *El Toque de animas* es un verdadero toque de gloria para la em-

presa. El público, cada vez mas entusiasmado, siguió tributando aplausos y lucro á la deliciosa partitura de Arrieta y á la bondad del arreglo del señor Céspedes.

En este mismo coliseo se ha puesto en estudio para las próximas Pascuas una zarzuela en tres actos, calcada en la inmortal fábula del *Quijote*, y titulada *La Ínsula Barataria*. Deseamos á esta obra el éxito mas feliz.

En Jovellanos, por honra del público, fue reprobada en general, y con estrépito, la disparatada farsa lírica *Las Sillas de manos*, obra insípida é inconveniente, donde no sabemos qué admirar mas, si la condescendencia de la empresa en admitirla, ó la de la censura en aprobarla.

La comedia en un acto *Como el pez en el agua*, consiguió entretener agradablemente al público.

Como estamos de Navidad, se preparan en este teatro, para por la tarde, un arreglo de una ópera de Auber titulado *La Circasiana*, y para por la noche una zarzuela del distinguido escritor Sr. Picon, denominada *Pan y toros*, en cuya obra aparece como protagonista el inmortal Jovellanos.

Hasta aquí los teatros: por lo demas, como es natural en vísperas de las fiestas de Navidad, abundarán las reuniones de familia, las comedias de muñecos, las representaciones aristocráticas y los conciertos.

La esposición de pinturas se inaugurará por fin, y en ella alcanzarán el general aplauso infinidad de jóvenes artistas, honra y orgullo de la patria esclarecida de Murillo y Zurbarán.

La esposición de juguetes, sueño dorado de los niños y entretenimiento de ociosos, va tambien á inaugurarse en la plazuela de Santa Cruz, verdadero y tradicional almacén de pintorescos nacimientos y tentadores cachibaches.

La Nochebuena se aproxima de rondon, y con ella las delicias de la infancia y de los gastrónomos.

Y como si la desventura quisiera ahogar hasta la sombra de nuestros mas pequeños goces, los incendios suceden á las inundaciones, y el magnífico edificio destinado á la industria nacional de tabacos ha sido presa de las llamas, no sin causar al propio tiempo algunas tristes desgracias personales.

Está visto que nos hallamos en un valle de lágrimas.

Triste seria nuestro camino si en su orilla no brotasen esas flores que perfuman nuestra existencia y consuelan nuestros dolores.

Esas flores sois vosotras, bellísimas lectoras de esta humildísima revista.

Vosotras constituís la única felicidad, la paz del hogar doméstico, la esperanza de una soñada ventura.

Vosotras, estrellas que brillais sobre la cuna del niño, fuente de dulzura para el esposo tierno, apoyo para el anciano.

El cielo os conceda todas las felicidades que os desea

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

TRAJES DE DESPOSADA Y DE NOVIA.

Primera figura. Vestido de tul adornado en el bajo de la falda por cinco bullonados, sobre los cuales se halla de trecho en trecho una rama de flores. Túnica de encaje que descende hasta lo alto de los bullones. Una guirnalda de flores y follaje sostiene la túnica, estendiéndose en figura de abanico por cada lado. Cuerpo redondo escotado, drapeado de encajes, adornado de flores en los hombros y en el pecho. Cinturon de raso, abrochado por una hebilla Imperio, con pedrerías iguales al resto del aderezo. Prendido de flores y piedras, velo de encaje que descende hasta el talle.

Segunda figura. Vestido de raso con dos faldas. La primera está adornada en el bajo con un volante á pliegues, sobre el cual va un elegante arabasco perlado. La segunda falda recta, rodeada en el bajo de un encañonado de raso figurando feston, y drapeado en cada costura por una tira de pasamanería que termina en un lazo de cinta de raso con cabos franjeados de perlas. Cuerpo figaro rodeado de un encañonado, y encima un cordón de pasamanería. Mangas de codo con adornos á lo mosquetero y hombreras de pasamanería. Camiseta de batista con encajes. Largo velo de tul. Corona y ramillete de flores de naranja y margaritas.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redacción, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1884.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geronima Nº 13. Pral Derecha
Ayuntamiento de Madrid

1889

